

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

PROSPECTO.

En medio de una situación profundamente excepcional y cuando las olas tumultuosas de la guerra azotan el edificio social, surgen la idea de crear un periódico puramente literario.

Influye en nuestro ánimo la reflexión de que las fuerzas vivas de la inteligencia deben contraerse en todo tiempo al desempeño de su misión gloriosa,—de que mientras el brazo defiende la causa de sus convicciones, su pensamiento debe elevarse á los horizontes tranquilos de la filosofía y de la ciencia, y en su vuelo, no detenerse sino ante la insuperable valla de influencias sobrehumanas.

Partiendo del seno de las deplorables circunstancias que han causado la extinción de algunos anteriores, el periódico que fundamos se promete mejor destino, y adoptando un carácter puramente nacional ó americano, como en la protección que indudablemente le será dispensada por los verdaderos amantes de la literatura, por los que se interesan noblemente en propagar el espíritu de una literatura propia triunfante sobre los despojos de la servil imitación.

Al efecto, los materiales que llenan las distintas secciones que **El Iris** abraza, serán enteramente originales, y algunas felices inspiraciones ya acariciadas por las auras de la publicidad que hallen asilo en sus columnas, serán precedidas de las reflexiones que inspira su lectura y mueven á la reproducción.

Como hemos dicho, **El Iris** será puramente literario, adoptando la expresión en su lato y verdadero sentido, lo que quiere decir, que á la vez que llene la parte poética, abrazará la científica, de derecho, histórica y biográfica.

En la sección poética, comprendemos la novela, el drama, y en fin, toda composición descriptiva de hechos ó de emociones, venga ó no fundada en el metro.

En la sección de derecho hallarán especial acogida los artículos que se consagren á la materia constitucional, y á la ilustración de las prácticas forenses.

Las secciones histórica y biográfica serán llenadas por la narración de hechos memorables y la reseña de los mas prominentes rasgos que caractericen á los varones ilustres de los fastos americanos. Contamos con el concurso de inteligentes colaboradores, en esta como en las demás secciones.

El Iris saldrá dos veces al mes, y constará de 16 páginas en 8.º; el precio de la suscripción mensual pagadera despues de recibir el primer número, será de UN PESO moneda nacional. No se venderán números sueltos.

Las columnas de **El Iris**, quedan abiertas al contingente de todos los que se dignen favorecernos con sus inspiraciones, reservándose la redaccion el derecho de juzgarlas.

El primer número verá la luz el 15 del próximo Abril.

La administracion está establecida en la imprenta tipográfica á vapor, por la que se publica el periódico, calle de las Cámaras núm. 41.

AGUSTIN DE VEDIA.

NUESTRAS IDEAS.

Quando nos lanzamos á hacer práctico un pensamiento desde largo tiempo acariciado, contamos con los inconvenientes que nos opondría la excepcion de las circunstancias, pero apoderándonos de la máxima de un grande hombre de Estado, nos dijimos: preocupémosnos de los obstáculos solo para vencerlos y de la incredulidad, solo para confundirla.—Nuestros propósitos se han cumplido, por lo que toca al primer paso que siempre es el mas difícil.

La situación no nos ha desanimado, y no hemos creído deber esperar tiempos de mas risueñas promesas, porque no concedemos á esas emergencias fatales de los pueblos, el derecho de retardar la marcha de la civilizacion, contentiendo los vuelos de la inteligencia y subordinándola enteramente á la inercia de la materia.

Elejimos por nombre **El Iris**; es un simbolo talvez—Si la refraccion del gran luminar en el espejo de la atmosfera, produce el *Iris* físico, augurio de bonanza despues de la tempestad—el *Iris* literario, levantándose en medio de las conturbaciones sociales, dá pábulo á la presuncion moral del triunfo de las ideas civilizadoras, contra las cuales han de estrellarse todas las fatidicas tendencias que por largo tiempo retardaron la marcha gigantesca del progreso.

Así, la aparicion de **El Iris** queda justificada por la misma situación que le imprimiria aparentemente el sello de la inoportunidad, y aunque consideremos la debilidad de nuestras fuerzas, confiamos á la cooperacion de ilustrados colaboradores el cumplimiento de las grandes promesas que nos sorrien y animan.

El Iris se abre paso á traves de los horizontes nublados de la politica, y sino consigue inundarlos de luz, al menos abrigará la inmensa satisfaccion de haberlo pretendido, sin desmayar ante obstáculos de ninguna naturaleza.

Hemos pedido el contingente de todas las ilustraciones nacionales y las hemos asociado á nuestro pensamiento en la siguiente conclusion:

«Las circunstancias políticas harán aparecer estraña é inoportuna talvez la idea de un periódico literario, pero yo no...» la necesidad de contraer absolutamente el espíritu á los acontecimientos que enlutan á nuestra desgraciada patria—Veo mas bien la necesidad de abrirle otros horizontes que los horizontes sombríos que contempla—Veo un poderoso medio de extinguir el incendio amenazador, en las nobles armas de las letras—únicas que elevan al hombre sobre el nivel de las demás especies—¡Ojalá fuese puesto en práctica, por las autoridades de todo género, este principio salvador!»

Tenemos la convicción íntima de que la mayor parte de las desgracias individuales y sociales desaparecerán cuando la ilustración se haya difundido lo bastante en las masas, para apartarlas del camino deplorable de los errores; que en la difusión de las letras está la gran palanca del progreso y de la civilización;—que en el campo neutral de la literatura, donde el hombre se estudia y se conoce á sí mismo, donde se despoja de los odios del salvaje y se viste del amor de sus semejantes, allí solo se han de confundir los adversarios personales y políticos de todo género, á la sombra de una misma bandera, al calor de una sola idea, obreros infatigables y perseverantes en un mismo edificio:

Persuadido s de la grave responsabilidad que el escritor público contrae—como lo hemos dicho á una de las ilustraciones de nuestro foro—llevamos nuestro imperceptible grano de arena á la grande obra de la ilustración, y no nos es dado ofrecer otra cosa,—creemos no estar obligados á mas—que la sinceridad de nuestras convicciones—Si ellas se estreñan contra otras—¡tanto mejor!—del choque brotará la única luz.

Invocamos la protección de todos los que estén en el caso de presarla, no solo para el sosten material del periódico, sino para el cumplimiento de los propósitos que alimentamos, que creemos deben ser los de todo hombre de corazón bien templado, elevado sobre las superficialidades de la ignorancia y sobre el infortunio de las malas pasiones.

Así llegará El Ins, á augurar el fin de las tempestades políticas, y el horizonte mas sereno y despejado de la civilización.

AGUSTIN DE VEDIA.

A LA JUVENTUD.

Las verdaderas inteligencias no se crean sin el estímulo, y por falta de él, mueren en gérmen ricos ingenios, bellas esperanzas de nuestra naciente literatura, que alentados en sus primeros ensayos, débil aurora del genio, habrían contribuido á tejer para las sienas infantiles de la patria, la triunfal guirnalda de las letras.

El Ins se levanta con la noble y ardiente ambición de conciliar á todas las inteligencias en el terreno neutral de la literatura, y la de atraer á las que se hallan en la alborada de su carrera, estimulando esa noble sed de saber y esa generosa aspiración de gloria que las domina, y que no es sino un destello de la aurora genial que pugna por iluminar la región incógnita de las ideas.

Al ofrecer ese estímulo, al poner á disposición de nuestros jóvenes compatriotas los medios de dar publicidad á los arranques entusiastas de su imaginación y de su alma, no pretendemos constituirnos en autoridad literaria, sino inculcarles algo del entusiasmo que nos domina, jóve-

nes tambien y meros ensayadores en el vasto teatro de las ideas.

A los jóvenes que cursan en las aulas superiores de la Universidad, ofrecemos preferentemente las columnas de nuestro periódico, porque allí donde se cambian ideas y se discuten principios con la rapidez de la palabra, se ofrecen pensamientos cuya complicación no admite explicación verbal y para cuya dilucidación se hace necesaria la tribuna de la prensa.

En la cátedra de derecho de gentes, rejeitada por una inteligencia tan jóven como superior, se suscitan y se han suscitado cuestiones de que la prensa nacional se ha hecho eco. Concurriendo á ella, trataremos de ofrecer en el próximo número y subsiguientes, un pálido diseño de las controversias, acompañandolo con nuestro humilde juicio, tendiendo así á provocar entre nuestras jóvenes inteligencias una discusión tan amena como instructiva, y á ensanchar los límites del salon en que se ventilan las preciosas ideas del derecho.

La independencia mas absoluta presidirá á nuestros juicios, y es el medio único en nuestro concepto de estimular en realidad los ingenios nacies, de no propender á su extravío y á la perversión del buen gusto literario, y de dignificar el sacerdocio sagrado de la prensa, para que no ingrese en el sín la competencia, para que no se confunda lo malo y lo bueno, para elevar el último y extirpar el primero.

Escenario de la idea, en El Ins caben todas las inteligencias, sin la escepcion oprobiosa de los colores, hermanadas por las fecundas inspiraciones del progreso, principio común, bandera universal, á cuya sombra militan todos los corazones y todas las cabezas: causa sacrosanta, cuyos triunfos inmortales no tienen gotas de sangre y encuyas aras tan solo es licito sacrificarse al hombre!

Indulgencia, estímulo y aliento, necesitamos.

AGUSTIN DE VEDIA.

A NUESTRAS LECTORAS.

Al presentarnos en la arena periodística, con el ánimo que nuestros anteriores artículos revelan, hemos comprendido que en el sufragio de las lectoras inteligentes estriba el éxito mayor de nuestra empresa, porque la parte esencial de El Ins, consagrada á la literatura amena, bebe sus suaves inspiraciones en esa mitad preciosa del género humano; copia de las bellezas escondidas en el albergue divino que entreeve la poesía cristiana flotando en los esmaltados espacios del infinito.

El Ins pues, se coloca bajo su protección inmediata y benéfica, y alcanzando toda la latitud de la misión que acepta, sus columnas no se abrirán á producción alguna que ataque la mas minima de las susceptibilidades del corazón y del espíritu, en las delicadas creaciones que aspiran esa suave atmósfera de pureza y de candor, que imprime á sus rostros el encanto indefinible del rubor, y presta á sus acentos la ineffable armonía de los coros ideales.

Cada número de nuestro periódico, contendrá un artículo especial de la naturaleza de este, en el que trataremos de dar interpretación á las impresiones íntimas del alma de la mujer, dando á conocer sus nobles aspiraciones, revelando sus sueños y sus esperanzas, que, pese á la triste limitación á que la reduce la educación mezquina que recibe, y la oscuridad á que la condenan las falsas ideas del hom-

bre, rompe las trabas que sujetan y encadenan las alas de su pensamiento, y eleva su vuelo á las poéticas esferas de grandeza, que el designio del Creador les predestina.

Sentimos insuficiencia para desempeñar nuestra misión tan dignamente que logre arrancar una sonrisa fugaz de aprobación á los labios desdenosos de la cruidita lectora, pero reclamamos la indulgencia que debe ser su timbre, y á su voz alentadora, pretendemos recorrer insensiblemente la vasta escala de las armonías, hasta entonar en su loor el himno entusiasta que arrebate un lauro á la inmarcesible guirnalda del genio.

Así se desarrollará á nuestra vista intelectual, con los vivos colores de la verdad ideal, en la infinita majestad de su grandeza, el paorana encantador que solo se vislumbra con el poder de la intuición!

Pintaríamos á la mujer como es; lo imprimiríamos ese sello divino que debe resplandecer en ella; haríamos destacar de sus sienas esa aureola de gracia, de candor y de poesía, que mantiene invisible la ignorancia absoluta de nuestro destino supremo; la revelaríamos á sí misma; desplegaríamos á sus ojos el vasto dominio de su aurelia y regeneradora misión; la despertaríamos á su verdadero destino; depositaríamos sobre su bella cabeza y en su mano delicada, la corona y el cetro del orbe!

Pero débil como es, nuestra imaginación, apenas si podemos rendirle el tributo de nuestra admiración apasionada; apenas si podemos iluminarnos con el vivo reflejo de su divinidad; apenas si podemos hablar á las fibras delicadas de su alabísimo seno!

Si se duda de la sensatez de nuestra palabra, si se nos niega el derecho del entusiasmo en los límites severos de la razón, lánzese una oblicua mirada á la historia, y en su vastísimo teatro, admiraremos el genio de la mujer, pensando en el destino de las naciones, abriendo el camino á la libertad, guiando al combate las formidables lecciones, practicando actos de suprema justicia, cuando la justicia era hollada por el hombre, ayudando á la atrevida exploración de mundos desconocidos, investigando en las rejiones ignotas de la ciencia y del genio, y señalando su luminoso derrotero á la mas grande y magnífica de las revoluciones que hayan trastornado el mundo!

Pero no es especialmente aquí, donde comprendemos y apreciamos la misión augusta de la mujer; no es en el teatro de los acontecimientos políticos, no es con la voz atrojadora de los combates; no es con el acero vengador de la diestra; no es con la mirada investigadora y atrevida del genio, que nos figuramos á la mujer desempeñando su glorioso destino.

Si hemos apelado á esos hechos, es para caracterizar antes de todo la abnegación y el heroísmo que han persouificado en todo tiempo á la mujer, el mas indefenso, mas débil y mas tierno de los seres, como si se hubieran querido concentrar todas las altas virtudes allí donde hay mas sensibilidad y mas ternura para comprenderlas.

Nos representamos á la mujer como el anjel de la naturaleza, que con el roce de sus alas diáfanas reanima nuestras sienas abatidas; que con la dulzura de su sonrisa, destierra la amargura de nuestra alma; que con la intuición de su acento nos revela nuestro destino, y con su ejemplo sublime nos guía al porvenir, manantial fecundo de felicidad, cuando seguimos sin extraviarnos el fanal con que nos alumbraba.

Á la mujer que con una palabra insinuante, una sonrisa, una lágrima, trastorna la imaginación mas inflexible, y lleva otro orden de ideas al cerebro; á la mujer, que con la espresion sublime de su ternura infinita trueca en pic-

dad la ira, en perdon la venganza, á la mujer, á quien de ese modo es dado influir en el destino de hombres y de naciones, á la mujer, si, la misión suprema de encampanarnos por vías floridas, sin las espinas del odio, á la perfección que es nuestro destino en suma!

Si fuese necesario, en nuestro próximo número, explicaríamos la idea que flota sobre estas imperfectas líneas.

Hasta entonces.

ALCIMO.

LA LEY DEL PROGRESO.

I.

Tambien la humanidad tiene sus equinoccios: tambien en la inteligencia del hombre, se levantan á veces desechas tempestades, que como el huracan á los mares, agitan y convulsionan su corazón y su espíritu. Hay épocas en que la atmósfera moral brota fogosa como la de los trópicos; el aura que nos circunda abraza nuestra frente; los objetos que nos rodean se visten con un colorido tan lígubre como el pálido fulgor que lanza en los flotantes bancos helados del polo, el alba crepuscular que durante el invierno hace allí las veces de día.

Y las nubes que se chocan despidiendo fulmíneas exalaciones y revueltas estrañas y diabólicas formas, como emblemas de avusto sinietro vaticinio; el viento que gime atribulado sobre el césped de las tumbas; el océano que ruga furioso estrellándose en las rocas como si dejase escapar una amenaza; el árbol y la flor que se repliegan y amustian, heridos de muerte por el aguijón venenoso de un reptil; la pradera, el valle y la montaña cubiertos de nieve ó agostados por los últimos calores del estío; el cielo, la tierra y el aire, todos los elementos conjurados en guerra abierta con el hombre, apenas dan una idea de la tormenta que se agita en su cabeza; de los combates que sostiene consigo mismo, de las dudas y temores que asaltan su ánimo, de la mortal tristeza que se apodera de su alma, del desaliento que le domina, deshoja en flor sus ilusiones y le enerva, le abate y consume como un filtro emponzoñado.

La carne es flaca y el espíritu débil. La contemplación de los grandes infortunios sociales produce siempre en la inteligencia humana un efecto doloroso, deplorable. Sin el auxilio divino, sin la gracia, sin la fe en el porvenir, sin altas y sólidas creencias, sin el conocimiento de la historia,—voz elocuente que revela á quien sabe interpretarla las secretas intenciones de la Providencia, y que explica el presente por el pasado, y el futuro por el presente,—nunca, jamás el hombre comprenderá,—en días de prueba como los nuestros,—la ley eterna del progreso que preside á su destino en este mundo y debe abrirle las puertas de la inmortalidad, si Dios es Dios; ni podrá en alas del entusiasmo y de la esperanza elevarse una línea del fango en que se arrastra, y subir como el águila reina del espacio, hasta una altura inaccesible á los lamentos, á las blasfemias y á los miasmas impuros que traspira la tierra al dar abrigo en su seno á todas las iniquidades de sus malos hijos.

A este mundo pertenecen, sin disputa, los mentidos profetas, los falsos Jeremías, los filósofos miopes y los palabreros ignorantes, que por sistema, por obcecación ó estupidez muestran el desaliento, la duda, el pesimismo; y en vez de consolar al hombre en su desdicha, en vez de enseñarle el fin providencial de su corta peregrinación,—próspera ó adversa,—en la tierra, con sus lamentos es-

teriles, con sus ociosas declamaciones y sempiternas letanias, apagan la poca fé, el poco brio, la poca resignacion que deja el infortunio á los desgraciados.

Nuestra pobre América del sud es por lo regular el caballo de batalla de estos murmuradores atrabilarios y sofisticos, que llamariamos insignes charlatanes, si por nuestro saber y nuestros años nos creyésemos autorizados para emplear tan dura calificacion.

Lo poco que sabemos, no obstante, nos basta para probar lo contrario de lo que ellos pretenden, y demostrar á los que participan de sus erradas opiniones en América y Europa que se parecen al famoso personaje de Calderon, de quien decia el gran poeta:

Tiene ojos y no ve,
Tiene oidos y no escucha.
.....
Y en fin sin entendimiento
Ni albedrio que le acuda,
Tiene aliento que no alienta
Y corazon que no pulsa.

Para convencernos de esta verdad interroguemos á la ciencia, echemos una rápida ojeada sobre la historia de los siglos pasados, y veremos un principio divino, inmortal, — iris de alianza entre el Hacedor y su criatura, — la ley del progreso con todas sus grandiosas consecuencias, presidir al nacimiento y al desarrollo del mundo y del hombre, y abrirse camino al través de las edades, de las generaciones y de los acontecimientos, de una manera evidente, irresistible, providencial, superior á todo; como la omnipotente voluntad formulada en ella desde la primera aurora de la creacion.

Trasladémosnos, si es posible, con el pensamiento, á esta hora suprema, y escuchemos lo que nos dicen los geólogos, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, pues como nadie ignora, la ciencia en abierta oposicion al principio con la revelacion católica, paso á paso á ido reconociendo sus errores, y hoy con mayor copia de conocimientos, vencida por los hechos, en este como en otros muchos puntos, acepta como dogmas las verdades proclamadas por los santos libros. Así lo ha patentizado hasta la evidencia el célebre y elocuentísimo P. Ventura en su grande y famosa obra, vindicacion, orgullo y gloria del cristianismo, titulada: *La razon católica y la razon filosófica*.

Séanos permitido, por lo tanto, bajo el amparo de la fé católica, comentar el relato de Moisés, desde el punto en que creado nuestro planeta por el Verbo Divino, que de los abismos de la nada le evoca á la vida por un acto de su voluntad omnipotente, empieza á cumplirse en él la ley eterna del progreso.

La tierra encendida al contacto del éter por la rapidez de su rotacion, giraba por vez primera como una colosal bola de fuego en el vacío.

La incalculable cantidad de agua que hoy envuelve las tres cuartas partes de nuestro globo y forma todos los mares y rios, flotaba en el espacio convertido en vapor impalpable.

Este vapor, condensándose á medida que se petrificaba la costra de lava y granito que vomitaba la tierra de sus entrañas, descendió lentamente, se estendió y corrió de un polo á otro, transformado en un gigantesco sudario de negras y espesas nubes.

Lóbrega oscuridad envolvió la tierra, hasta que una centella escapada de los ojos del Altísimo rasgó el fúnebre nublado.

Entonces se abrieron las cataratas del cielo, y nuestro

miserio planeta desapareció bajo el hirviente torbellino de las aguas del diluvio.

Sublime é indescribible espectáculo! Magnífico y aterrador concierto formado por el huracan de electricidad que debió producir en la atmósfera el desprendimiento de aquella inmensa cascada de agua y granizo, de rayos y centellas, rechazada por el fuego subterráneo de la tierra, que respondia con nuevas explosiones de volcanes á la invasion del líquido elemento.

Newton, Buffon, Cuvier, Humboldt y otros sábios, os esplicarán mejor y científicamente este espantoso cataclismo que en términos semejantes á los que dejamos espuestos ha poetizado el autor de la *Profesion de fé del siglo XIX* en un capítulo admirable: nosotros hacemos mencion de él únicamente para demostrar cómo desde que nace el mundo comienza la lucha, y nada se realiza sin el concurso de fuerzas encontradas.

Plúcenos ver, en ese amalgama y mútua absorcion de elementos que informes bullen en el caos, la ley que mas tarde ha de armonizar la creacion entera.

Esplicquen otros por el acaso, por las afinidades químicas, por la atraccion molecular, por la union de los átomos ó por lo que quieran, los resultados inmediatos de las diversas revoluciones que sucesivamente han cambiado la faz de nuestro planeta. Yo solo veo que en la primera, triunfa el elemento vivificante, el agua, del elemento destructor, el fuego, como una lejana profecía de la victoria de la vida sobre la muerte, del bien sobre el mal, del movimiento sobre la inercia; ó lo que es lo mismo, de la perfeccion y el progreso sobre la imperfeccion y la pasibilidad.

Luego, — es inútil decir cómo, — la tierra se cubre de árboles gigantes que desaparecen tambien para convertirse mas tarde en minas inagotables de carbon de piedra.

La vida animal se presenta en seguida. Apenas perceptible en los insectos microscopicos y en los zoofitos, reviste proporciones colosales en la ballena, en el mastodonte, en el elefante, en el rinoceronte, en el plesiosauro, en el cocodrilo, en los murcielagos y serpientes diformes.

El soberano artifice, descontento de su obra, sepulta bajo una nueva capa de lino y verdura la mayor parte de estas especies, las sustituye por otras distintas, reproduce algunas de las anteriores, y por último crea al hombre.

El hombre es el resumen de todas las génesis anteriores, y las lleva epilogadas en su cuerpo. En su parte puramente calcérea, como los huesos, presenta éste una analogia sorprendente con la roca y el mineral; sus uñas y cabellos son un remedo del vegetal; su carne, sus tejidos, sus humores, sus órganos, ofrecen, elevados á la suprema potencia, todos los rasgos característicos que ostentan los demas seres inferiores que pueblan el universo.

A la belleza, á la gracia, á la destreza físicas, reúne las cualidades del alma: la conciencia que reconoce sus facultades, la memoria que retiene sus actos, la voluntad que los ejecuta, la razon que los dirige, y la palabra que los expresa.

Por eso su personalidad y su vida son las mas poderosas y las que mas se aproximan á los atributos de la divinidad; por eso bajo el punto de vista en que la filosofia le considera, participa mas que ningun otro ser de la creacion: á la eternidad por la duracion y al espacio por el movimiento.

Por eso puede vivir bajo todas las zonas, ama en todas las estaciones, mezcla á la suya todas las sustancias orgánicas del globo, acumula, perfecciona y aumenta los conocimientos de todos los que le han precedido, y cada individuo

promovido á la inteligencia, en cierto modo, es la encarnacion viva de toda la humanidad.

Aquí se abre una nueva serie de fenómenos psicológicos y morales, son tan elocuentes pájinas han inspirado á Platon, Santo Tomas, á Vico, Leibnitz, Kant, Hegel, Cousin, Balmes y otros eminentes filósofos.

Notemos solamente la ley de progresion que sigue la fuerza creatriz del universo, desde la materia indefinible de que se componia el globo; al agua; desde el agua al humo ó tierra, desde la tierra á la roca y al mineral, desde el mineral á la planta; desde la planta al árbol; desde el árbol al insecto; desde el insecto al cuadrúpedo, y desde el cuadrúpedo al hombre; y veamos ahora cómo esa misma ley de progresion se cumple en la inteligencia humana, y la empuja incesantemente hácia el Eden prometido á sus esperanzas.

Creado á su imágen por un ser todo poderoso, no sabemos en que misteriosa crisálida, por que incubacion ó generacion espontánea nació el hombre. Enigma es este cuyo secreto solo Dios posee. Sea como fuere, aceptamos las palabras del Génesis, y creemos con todas las religiones conocidas, que el hombre, culpable por su falta y decaído de un estado mas perfecto, viene al mundo con la sublime aspiracion de volver á elevarse á la altura de donde cayó, habrándose en este momentaneo destierro con sus propias manos su destino futuro.

Si la creencia de otra vida, es en efecto muy difícil, es imposible, comprender la creacion. Si todo debiese terminarse aquí, la vida sería á menudo una pesada burla, y Dios un contrasentido, una mentira, un sarcasmo, un abismo de iniquidad que nuestra razon no alcanza á concebir.

¡No! el alma no se anonada con la frágil corteza que la envuelve; es libre; puede optar entre el bien y el mal; tiene una ley moral que cumplir, y es responsable ante el soberano Juez de las faltas ó méritos que contraiga.

Escuchemos á uno de los filósofos citados y él os esplicará mejor que podríamos nosotros hacerlo, esta verdad consoladora y divina.

«Si el hombre tiene una ley moral, dice Kant, y puede quebrantarla, el hombre es libre, y si es libre, es responsable.»

«Si el hombre es libre y responsable, cumpliendo la ley, contrae mérito y es acreedor á recompensa.»

«Si no la obtiene en esta vida, es menester que la obtenga en la otra: luego el alma es inmortal.»

«Si el alma es inmortal y merece el supremo bien, es menester que exista una causa eterna, que determine y distribuya ese supremo bien.»

Con el sentimiento innato de esta ley moral que le encamina indefinidamente á la perfectibilidad y al progreso, ha abierto el hombre sus ojos á la luz, débil, desnudo, sin hogar, sin la menor idea, sin otro amparo que el de la providencia.

La naturaleza fué su primera nodriza. El árbol le brindó espontáneamente sus frutos; pero agotados estos, la necesidad le obligó á hacerse cazador primero y pastor despues.

El comun peligro y la comun utilidad reunieron por medio de la caza á los hombres dispersos, y así nació la familia y la tribu, primera asociacion humana.

El aumento de las familias, la rapidez con que se consumen los rebaños, y la escasez ó el hambre, impelieron al pastor á buscar en torno de sí otra especie de alimentos menos precarios é inciertos. Entonces inventó el arado, rasgó el seno de la tierra, y buscó en la agricultura un aumento de provisiones, de bienestar y de goces.

El terreno cultivado fija en él al hombre; la choza incrustada en el suelo sucede á la honda portátil y errante como la tribu. Cada individuo reivindica, mientras lo ocupa el derecho de propiedad, en el campo que ha fecundizado con el sudor de su frente y en el edificio que ha levantado piedra á piedra con sus brazos.

La codicia de otras tribus menos industriosas, mas feroces y ávidas de botín, incitadas á menudo á caer como un enjambre de langostas sobre las cosechas y los rebaños de los agricultores.

Estos, cansados de sufrir sus ataques y alocosados por la experiencia, comprenden que en la union estriba la fuerza, y forman una alianza ofensiva y defensiva.

Vencidos de nuevo por el número de sus contrarios; corren á las alturas y echan los cimientos de las primeras ciudades en parages escabrosos, inaccesibles, defendidos por la misma naturaleza, donde pueden refugiarse en caso de necesidad, y poner á cubierto sus personas, sus mugeres, sus rebaños y cosechas de la saña y rapacidad de las hordas armadas que solo viven de la guerra, el robo y el pillaje.

Con la ciudad nace la civilizacion propiamente dicha. Su primitivo legislador es el sacerdote, que se nos presenta en primer término como el sábio consagrado á la ociosidad fecunda del pensamiento, retribuyendo á la sociedad en ciencia, en invenciones, en medios de dominar y vencer á sus enemigos y á la naturaleza, la exencion del trabajo corporal y la supremacia que ejerce.

En la segunda categoria aparece el soldado, encargado de la defensa general, y en la tercera y cuarta el labrador y el artesano.

Rousseau, Montesquien, Niebburn, Guizot, Comte, han descrito esta época dramática y decisiva de la humanidad con la copia de datos, con la erudicion y riqueza de estilo que caracterizan sus obras maestras.

La marcha del progreso es tan visible, tan manifiesta, que nos parece inútil enumerar las mil consecuencias que de las anteriores premisas se deducen. Este artículo se haria interminable, si nos detuviésemos á cada reflexion que nos asalta. Prosigamos.

Las tribus guerreras continúan en tanto sus depredaciones; pero ya no matan al vencido; le utilizan en el cultivo de la tierra, civilizándole al contacto de las ciudades.

La esclavitud, — hija de la casta y de la guerra, piedra angular del feudalismo, — sin dejar de ser una iniquidad, ha puesto tambien su óbolo en el tesoro del progreso. A ella se debe que la mujer, emancipada por el esclavo del trabajo manual, haya crecido en dignidad, en consideracion, en influencia, en atractivos.

La misma inflexible ley que obligó al vencedor á respetar la vida del vencido, como una máquina animada que podia convertir en provecho propio, fué cambiando la esclavitud en servidumbre, y la servidumbre en vasallaje, hasta que el capital, hijo de la propiedad, y la inteligencia hermana de la justicia, redimieron al siervo y al vasallo, los nivelaron con sus opresores y les abrieron las puertas del porvenir.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

(Continuará.)

REVIEWERS.

Señor D. Agustín de Vedia:

A pesar del trabajo que mi posición como gerente de la *Imprenta tipográfica a vapor* me impone, trataré de cooperar también a la publicación que vd. piensa emprender, si mi débil contingente puede serle agradable, porque comprendo que, en la esfera del pensamiento y del progreso humano, todos los obreros de la inteligencia debemos contribuir en algo al edificio que labran los pueblos ilustrados con bien y gloria de las ciencias, de las letras y de las artes, cuyo cultivo disciplina, moraliza e instruye a las sociedades.

Tal vez es algo aventurado el propósito de vd. en estos tiempos de inquietud y agitación, pero no por eso me parece impracticable si vd. y sus amigos ponen en ejecutarlo el afán y perseverancia que son propios de los jóvenes de su edad y carácter: *nudæc fortuna juvat*; confianza, valor y contracción; solo con esto se han hecho muchas cosas imposibles.

Por el momento me limitaré a traducir en seguida para su nuevo periódico, la introducción de un excelente artículo literario de M. Aylie Langlé, que podría servir de programa a una *Revista* literaria y científica, y cuyos conceptos se adaptan en parte a las ideas de vd., sobre todo si el buen éxito de su empresa le permitiese un día darle más ensanche.

El artículo a que me refiero ha sido publicado en el *Moniteur*, con el rubro:—*Las Revistas periódicas inglesas*. Hélo aquí:

«Es realmente admirable el espectáculo de las solidaridades de espíritu que se han establecido en el mundo, pues, a más de las fronteras naturales, se ha creado una especie de sociedad ideal, una nacionalidad universal, en la cual los sabios y científicos de todos los países y de toda raza son los ciudadanos por derecho de talento, de labor y de descubrimientos.—Los que han puesto al servicio de esta comunidad intelectual todos los medios prácticos, de que dispone nuestra época, multiplicando los órganos de publicidad especiales, manteniendo con las academias de todos los países relaciones entre sí, y teniendo además miembros corresponsales que las representan en todas ellas. Luego, no se adelanta un solo paso en cualquier punto sin estar señalado en todas partes, apenas se presenta un descubrimiento, todos los datos probables son entregados a la publicidad; así es que no solamente la observación y fiscalización de los demás son reclamados por cada uno, sino también el concurso y asistencia de todos. Uno trae una estrella, otro un guarismo, aqueste un texto lapidario, aquel una máquina, otro un átomo. Todos se organizan en varios puntos del globo para sorprender un fenómeno; la ecuación de la tempestad se redacta hoy en colaboración; una sombra, una chispa que atraviesan repentinamente la retorta del quimista son consignadas en el boletín, en provecho de algún científico que un día trabajara en descubrir la X desconocida, sorprendida al pasar sin resultado. Así como el progreso, arrojándose por sí solo, se desarrolla, se excita, se anima y se solidariza, triplicando los resultados futuros por la propaganda creciente de los datos adquiridos ya.

«Entretanto, ese movimiento intelectual no debe limitarse a la ciencia bajo la forma pura y hierática. Hay otra tarea que llenar fuera del terreno de la abstracción y la especialidad, y es la vulgarización. El pueblo también tiene

derecho a su parte de luz e instrucción. La era de los misterios ha pasado, y los geroglíficos de las pirámides son conocidos. El *profanum vulgus* ha sido aclamado, y la iniciación ha venido a ser de derecho natural.

Dis ignotis! es menester sacrificar a los dioses modernos. Desde ayer no mas la vulgarización, con su nombre modesto y su marcha tranquila, ha tomado asiento en el Olimpo; poco puede brillar todavía, como recién llegada al lado de las Minervas de los tiempos antiguos, y sin embargo basta medir la extensión de su imperio para conocer cuán poderosa es la mano que ha sabido trazarlo.

«No solo quiere que los maestros echen abajo las murallas del santuario para abrir al vulgo el libre acceso de las verdades sublimes, sino que trabajen también en destruir las barreras intelectuales que dividen a los pueblos. Quiere pues que se enseñe la desnaturalización en el reino de los espíritus, exigiendo que se haga pedazos el círculo ó molde donde se encierran el orgullo, los malos hábitos y las preocupaciones de razas. Forzoso es que cada país se informe de lo que piensa, de lo que busca, de lo que halla su vecino. Una familiaridad moral debe ser ley del universo. Ya no existe el tiempo en que los griegos y romanos aplicaban al resto del mundo el epíteto injurioso de *barbaro*; para el espíritu sonó también la hora del libre cambio.

«Está madura la obra. En materia de ciencia, de industria, de arte, de letras, de historia, de crítica, reina entre el público una especie de curiosidad general y simultánea. El hilo eléctrico inmenso que envuelve el globo parece ligar a la vez el haz de las ideas. Para la generalidad de las cuestiones, existe hoy como una órden del día universal.

«Mil publicaciones diversas tratan de responder a esta avidez de ver, tener y saber, pero la tarea de satisfacerla pertenece especialmente a las *Revistas* ó publicaciones periódicas, cualquiera que sea su forma, porque se relacionan a la vez con los diarios por su actualidad y periodicidad, y con los libros por su gravedad y extensión; tienen pues el verdadero carácter intermedio e internacional que so necesita, por la variedad y simultaneidad de las materias de que tratan, simultaneidad perfectamente característica en el sentido de que pronto vienen a demostrar que las preocupaciones son comunes en el órden intelectual, lo que afianza la unidad del movimiento en el siglo XIX. Así es que estas publicaciones especiales han producido una especie de vulgarización por excelencia, que hasta ahora el diccionario no ha bautizado, y que los ingleses llaman *reviewers*».

Tales son los motivos que me animaron siempre a contribuir, en la pobre escala de mis facultades, a obras como la que vd. acaba de emprender, juzgando que la variedad de materiales, por insignificantes que sean, no ha de perjudicar a la construcción de un edificio como el que trata vd. de levantar en la República Oriental.

A. VAILLANT.

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO.

De la jurisdicción criminal respecto a los delitos cometidos en territorio extranjero.

La jurisprudencia, una de las ciencias más antiguas, apenas podía considerarse tal, relativamente a los principios teóricos que rigen las relaciones individuales en el

seno de una misma sociedad.—La investigación no había podido elevarse al punto culminante de donde se descubre el principio absoluto de la justicia, fuente verdadera de todos los principios, y que forma un régimen ó designio divino que armoniza las aspiraciones de toda la humanidad hácia un fin común, a cuyo estudio llamamos aun *derecho natural*.

Hasta para los romanos, que pueden considerarse como los padres de la ciencia, el principio más abstracto que concebían de la justicia era el instinto.

Jus naturale est quod natura omnia animalia docuit—Institutas lib. 1.º tit. 2.—La ley natural no emanaba del designio que Dios debió necesariamente tener, al formar el hombre; en este desconocimiento de la fuente divina del derecho, los racionalistas retrogradan al estado embrionario de la ciencia, pretendiendo llegar a un progreso superior.

Para los romanos pues, el derecho natural era el instinto; de aquí la necesidad de una legislación arbitraria que contraríase ese instinto incapaz por sí de dar una base para las reglamentaciones sociales, y la ausencia de otro criterio natural que no fuese la sutileza y la conveniencia.

Esta teoría era temperada por una concepción racionalista, que aunque alejada de la verdadera conciencia moral, animaba algo la legislación con los principios de una justicia más universal.

En aquellos tiempos, las relaciones internacionales eran nulas, todo el derecho internacional cedía ante el *casus belli* ó la conquista, ni los mismos pactos se respetaban para el vencido, y si alguna vez se hacían valer, era por consideración de magnanimidad, no por obligación que se reconociese (véase la *Introducción a la historia de los progresos del derecho de Gentes por Wheaton*—traducida por Carlos Calvo). La institución de los feales y sus decisiones, no eran en verdad ni un congreso internacional ni leyes obligatorias a todas las naciones, eran preceptos relativos y obligatorios solamente a los Romanos para arreglar su conducta en la guerra y en la recepción de embajadores.

El verdadero derecho de gentes era para ellos una concepción imperfecta de lo que nosotros llamamos *derecho natural*, ideas de justicia concebidas ó que se presumían concebidas por todas las naciones y que hacían que fuesen iguales algunos puntos de sus respectivas legislaciones.—«Neque vero hoc solum natura, id est jus gentium»—Ciceron de offic. lib. 3.º cap. 5.º «Quod quisque populus ipse sibi jus constituit, id ipsius proprium civitatis est, vocaturque *ius civile*,—quasi jus proprium ipsius civitatis: quod vero *naturalis ratio* inter omnes homines constituit, id apud omnes perque custoditur, vocaturque *ius gentium*, quasi qui jure omnes gentes utantur. (Inst. lib. 1.º tit. 2.º P. 1.º.)

La única diferencia pues, entre el *jus civilis* y el *jus gentium* era la universalidad con que este era reconocido en la misma reglamentación civil y la particularidad con que aquel era propio de la ciudad; fácil es concebir que esta particularidad, municipal si podemos decir así, del derecho civil, era arbitraria y reconocía la conveniencia local por única fuente, así como la universalidad del derecho de gentes, no reconocía otro origen que la razón: quod vero *naturalis ratio constituit*—Y los racionalistas modernos, creen que han descubierto un sistema nuevo!

Los romanos no conocían pues ni el verdadero derecho natural, ni el verdadero derecho internacional, de manera que estas ciencias ó más bien dicho, estos ramos de la ciencia del derecho, han surgido recientemente de las doctrinas nuevas que trajo el cristianismo y de las necesidades ma-

yores que trajo el libre cambio de los productos, la navegación y el comercio.

La idea de Dios, depurada de las tradiciones pagánicas, ó de la doctrina de las tribus que la localizaban; la idea de un Dios de toda la humanidad, llevó a concebir la idea de un designio universal y de preceptos eternos iguales a todos los hombres; he aquí pues un ideal absoluto de la justicia que enjendró el verdadero estudio del derecho natural ó de las fuentes únicas de toda perfecta reglamentación, como la gramática general es la fuente de los principios del lenguaje aplicables al carácter de todo idioma perfecto.

Esta misma concepción nos llevó a considerar a las naciones obligadas entre sí a todas las prestaciones justas, por que aunque independientes entre sí obedecen a un mismo designio divino y se confunden, en cuanto a aspiraciones, en una unidad moral.

Por último, la distinción notable que existe entre las relaciones de Nación a Nación y las relaciones entre súbditos de una y súbditos de otra, entre súbditos de una misma nación y la localidad de otra rejida por sus propias leyes, ha hecho descubrir a los pensadores otra faz de las relaciones sociales y es aquella que se refiere a saber que ley rige los hechos lícitos ó ilícitos del hombre fuera de su patria ó de su domicilio; cual es la regla de conducta con arreglo al lugar del nacimiento, al domicilio ó al lugar por donde se transita, y como se dirime el conflicto en que puedan estar las leyes civiles ó penales de las naciones respecto a los ciudadanos.

De estas cuestiones es que se preocupan hoy los jurisperitos y publicistas modernos, y ya M. Foelix ha reducido a método y sistema elemental algunos de esos principios en un «Tratado de derecho internacional privado.»

La importancia de estas cuestiones, nos ha excitado la curiosidad y creemos que debemos prestarles una seria atención, por que aun hay mucha vaguedad en las ideas y a nuestro juicio no se ha dado una solución satisfactoria sobre ninguna.

Además de esto, hemos tropezado con un artículo publicado en los números 41 y 42 del periódico parisiense *Bulletin des Tribunaux*, con el título: *Du droit de poursuite des crimes commis en pays étrangers*, en el cual, creemos que se desconocen los principios fundamentales de toda jurisdicción propia, y así nos proponemos, tratar de la misma materia, dando en el lugar oportuno, alguna idea de las opiniones vertidas en ese artículo.

Art. 1.º

De donde puede emanar el derecho de jurisdicción.

La legislación Española, que debía recaer sobre pueblos que no tenían un carácter único, donde algunos obedecían por la sumisión de la conquista impuesta ó por el vasallaje reconocido en un señor feudal y donde otros conservaban sus fueros de hombres libres, tenía que reconocer dos fuentes distintas de jurisdicción: el sufragio y el derecho divino; la voluntad de Dios que parecía haberse manifestado en la victoria ó en la riqueza ó la voluntad de los pueblos que se consideraban dueños de su suerte y libres para someterse a un señor ó rey.—Así tenemos que la ley 2.º tit. 1.º part. 2.º al final dice:—«Este poder ha el señor, luego que es escogido de todos aquellos, que han poderío de lo escogido ó de la mayor parte, seyendo fecho rey en aquel lugar, onde se acostumbraron a hacer antequiente, los que fueron escogidos por Emperadores.»

Luego, según estos principios el emperador recibía el

poderio de la jurisdiccion es imperio, del pueblo, en donde recida como una propiedad suya.

La misma legislacion reconocia otro origen en otros cuerpos de leyes.—Estas cuatro cosas son naturales al señorío del rey, que non las deve dar á ningun ome, ni las partir de sí, ca pertenecen á él por razon del señorío natural: Justicia, moneda, fonsadera, e otros yantares.—Esto es, la jurisdiccion es imperio, la emision y acañonacion de moneda, el tributo de la guerra que se llamaba fonsadera segun algunos y el tributo de los alimentos de la familia real.—Fuero viejo de Castilla tit. 1.º, lib. 1.º.

Segun esto la jurisdiccion emanaba del señorío y el señorío de la naturaleza.—La ley 2 tit. 27 del ordenamiento de Alcalá establece la distincion entre la fuente de toda jurisdiccion y la subordinada á ella, la primera pertenece al rey por derecho natural y la segunda aunque pueda ejercerse por otros, reconocese la supremacia de aquella.—«Et declaramos (dice al fin la ley) que los fueros es las leyes ó ordenamientos, que dicen que justicia, non se puede ganar por tiempo, que se entienda de la justicia que el rey ha por la mayoría é señorio real, que es por comprar la justicia si los señores menores la menguassen etc.»

Por último, la unidad monárquica que tendia á destruir el feudalismo y á enaltecer la autoridad, como principio unitario y conservador, declaró ya á principios del siglo XIII que la jurisdiccion suprema, civil y criminal pertenece á nos fundada por derecho comun en todas las ciudades y villas y lugares de nuestros Reinos y señoríos etc.—Ley 1.º, tit. 1.º, lib. 4.º, Rec.

Tenemos pues, en la misma legislacion española, como resolver las cuestiones del origen de la jurisdiccion; estaba en el pueblo, donde era costumbre y fuero elegir emperador, estaba en los señores y propietarios, bajo la supremacia real, donde no existia esa costumbre, por último estaba exclusivamente, en el monarca con facultad este de nombrar y cambiar los delegados subalternos fueren cuales fueren sus derechos.

Si nos fijamos en que los únicos pueblos que conservaban el fuero de elecciones eran aquellos que no habian sido dominados ó que por conservar bienes no se habian agrupado alrededor de un señor feudal para labrar sus tierras, sometándose como esclavos, resulta una distincion esencial en el derecho de jurisdiccion sobre todo en el imperio ó facultad de castigar los delitos.

El conquistador ó el amo, arrojándose sobre sus sometidos el derecho de vida y muerte, señores de heros y cuchilla, lo ejercian por necesidad no solo de reprimir los delitos, sino tambien de sostener la opresion; para estos señores, el delito en cuanto es un ataque social de individuo á individuo, desaparece ante el ataque al soberano que se supone en el desconocimiento de uno de sus preceptos; la pena no tiene tanto por objeto reprimir los delitos, atender á la seguridad individual, como mantener el prestigio de la soberanía.

Por el contrario, el pueblo que elige sus autoridades y cuya ley reconoce como propiedad suya el poder, no atribuye al soberano director otra facultad que la de dirigir la sociedad, garantirla de los ataques de sus mismos asociados y atender á las garantías individuales.

En un caso la jurisdiccion es la facultad de castigar los delitos, porque los reyes se consideraban vicarios de Dios para lo temporal (tit 1.º, p. 2.º) y se arrogaban la facultad de la sancion en general.

En el segundo caso, la jurisdiccion no es sino la facultad de prevenir los delitos,—reservando á Dios la sancion.

En el siglo XIX no se puede hablar con seriedad de la primera jurisdiccion que caducó con el derecho divino á la corona; hoy no se puede considerar á la jurisdiccion sino como emanada del pueblo y reducida solamente á la direccion social; no funciona sino sobre casos indispensables para esa direccion y deja á Dios que juzgue al hombre en todos aquellos casos que no afectan á las garantías individuales de los asociados, ni hacen imposible la direccion social.

Limitada á esto la jurisdiccion, no es un derecho propio del soberano, sino de la sociedad misma; segun esto el extranjero, ya sea domiciliado ó no, que está ó pasa por una sociedad, queda sujeto á su jurisdiccion, en contrario de lo que sucedia antes, en que el infractor se remitia á su señor para que él lo juzgase, puesto que de otro modo se creia desconocer el derecho de propiedad, por el cual ejercia jurisdiccion sobre las cosas y las personas de un territorio, propiedad que no se perdía con la ausencia del sometido.

Hoy la jurisdiccion penal sobre el ciudadano se pierde cuando este sale de la sociedad, y se adquiere sobre el extranjero que entra á ella, por la teoria de no ser sino facultad inherente á la direccion social; el ciudadano ausente aunque delinca, no contraria la direccion de la sociedad á que pertenece; el extranjero presente, la contraria si viola los preceptos á que todos se someten.—He aqui todo el alcance de la jurisdiccion y sus limites.

GREGORIO PEREZ GOMAR.

(Continuad)

¡UN HOMBRE AL MAR!

(FRAGMENTO DE LOS «MISERABLES» DE VICTOR HUGO.)

Un hombre al mar! Qué importa! El navío no puede detenerse porque tiene marcado un derrotero que se ve impellido á continuar.

El hombre al caer, se sumerge, y un momento despues sube á la superficie; pide auxilio con el acento de la desesperacion, y su voz es ahogada por la voz del huracan que comunica su impulso al navío, que ya lejos, hiede rápido las ondas encrespadas.—Los marineros ni los pasajeros distinguen ya al miserable náufrago, cuya cabeza solo es un punto en la inmensidad del mar en comocion.

Lanza gritos desesperados y mira desparovido el espectro que le presenta aquella arboladura del navío, que se aleja, palidece, y se pierde, arrastrando la esperanza!

El infeliz iba en él hace un momento; era de la tripulacion. Se paseaba sobre cubierta con sus demás compañeros; pertenecia al mundo de los vivos, disfrutaba con ellos su parte do aire y de sol!

Y ahora, ¿qué ha sucedido? Un incidente fatal le arrojó al mar y todos los beneficios de la creacion fueron perdidos para él.

Se debate delirante en esa monstruosa masa de agua; sus pies buscan en vano un punto de apoyo; solo encuentran escape y hundimiento.—Las olas azotadas y despedazadas por el viento, le rodean horripilantes; los balances del abismo le traquen; al derredor de su cabeza se agitan todos los despojos de las aguas y el abismo le presenta confusas é incommensurables tinieblas cada vez que se sumerge. Hórridas y desconocidas vejetaciones le enlazan los pies y parecen atraerle con violencia. Arrojado por una ola contra otra, forma parte de la espuma que se desprende

del choque. Bebe la onda amarga; el elemento vilmente se encarniza contra él y parece gozarse en su agonía.

Lucha, sin embargo; procura defenderse y hace esfuerzos sobrehumanos por mantenerse en la superficie.—El sentimiento de la conservacion reanima sus fuerzas agotadas y sostiene un combate insensato contra lo imposible.

¿Dónde está el navío? Le busca con la vista, y allá en lontananza le distingue, perdiéndose entre las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas del viento se multiplican y acrecen en su fuerza y el náufrago infeliz asiste agonizante á la inmensa, contajosa demencia de los mares; sufre su influencia y parecele oír esos estruendos al hombre, surtidos de la inmensidad con aterradoras inflexiones.

La noche se acerca cuando ya sus fuerzas se agotan y se debate en esfuerzos desesperados é impotentes, sobre el formidable sumidero en cuyo seno entrovece las sombras vagas de monstruos desconocidos.

Yá no hay hombres que vengan en su auxilio! Y Dios y Dios, ¿dónde está? En vano llama en desesperanzada súplica; nada se vé en el horizonte y mudo permanece el cielo!

Implora al infinito, á las olas, al alga y al escolla, pero todo eso permanece mudo. Dirije su ardiente súplica á la tempestad—la tempestad, ruijendo imperturbable, solo al infinito atonde y obedece.

La oscuridad le envuelve, la bruma le sofoca, la soledad comunica á su corazon un terror indefinido; las olas enfurecidas le arrollan sin descanso entre sus pliegues rutilantes en las sombras—Horror, fatiga y esperanza muerta! Piensa en las aventuras tenebrosas de su cadáver, girando en las profundidades incommensurables de los mares—Siente el frio del caos—Vientos, nubes, torbellinos, soplos misteriosos, ¿qué hacer? Morir! El desesperado se abandona á su destino....

¡Oh marcha implacable de las sociedades! Cuántos náufragos de hombres y de almas en ese piélago! Oceano donde se sumerge todo cuanto la ley deja caer! Desaparecion siniestra de la esperanza! Oh muerte moral!

La inexorable noche social á que la ley arroja los condenados, se halla representada por el mar y sus tenebrosas cavernas, emblema tambien de la miseria sin limites—Puesta en ese derrumbadero, el alma pierde el sentimiento de lo bello, de lo noble, de lo sublime—¿Porqué procedimiento se obtendrá á la rehabilitacion moral?

MEDITACIONES.

Hay ciertas impresiones de la humanidad, que no ha alcanzado á definir y explicar exactamente la palabra autorizada del genio, acaso porque esas mismas impresiones son tan diversas y cambiantes como los matices del prisma,—ó porque jamás el corazon donde erijen su imperio ha podido transmitir á la mente el conocimiento de sus misteriosas relaciones,—ó porque no ha sido dado á la mente iluminarse con la inspiracion que rompa la barrera de la oscuridad que las envuelve.

Se ha pintado el amor como una sublime idealidad, como un delicioso eden que se balancea en el espacio y que perderia su brillo y su ser, al descender á la region de la materia,—como un pensamiento caprichoso, alimen-

tado por el infortunio y que desaparecería como una sombra fugaz, al soplo de la felicidad que lo coronara.

Se ha sentido que el amor es la concepcion del infortunio y como prueba, se ha hecho presente que la grandeza, compañera inseparable del amor, ha sido combatida siempre por el mar torrencioso de la adversidad, y que Milton, Shakespeare, Byron, Dante, Petrarca, Tasso, y todos los que legaron al mundo esas cascadas de sublime armonia, que se precipitan de lo alto del Parnaso, han bebido sus inspiraciones en el estijio lago del dolor.

Pero yo creo, con Alfonso Karr, que el hombre ha llamado felicidad á todo lo imposible, y desgracia á todo lo que es inevitable, y que no hay amor verdadero, profundo como juzgo al amor, sin la realizacion de una ventura que supera á la idealidad del pensamiento, aunque la reciprocidad no le haya acariciado con el roce sus alas. Acusa parece extraño para algunos, pero es una verdad para los influenciados, que la dicha incommensurable á que pudiéramos aspirar, depende exclusivamente de amar. Fijad la atencion mas allá de la superficie, porque muchas veces la intima y celeste alegría ofrece visiblemente todas las huellas del dolor, y así me hallareis justificado.

Tended la vista y contemplad en aquel paraje desierto y sombrío, un hombre inclinado en actitud de melancolía y profunda meditacion—Ved la expresion del sufrimiento, delineada superficialmente sobre su rostro, donde la palidez se pinta—¿Cuanto debe sufrir! esclamaréis—Pues os engañais; ese hombre es el mas afortunado de los mortales,—ese hombre ama!

El espacio que veis vacío, está poblado para él por las imágenes mas caras de su felicidad, perfumado por el aliento de la mujer querida, engalanado por sus hechizos,—lleno de los sonidos de su argentina voz,—es en una palabra, el eden que idealizó en su atrevido vuelo el activo mensajero de la mente—el pensamiento!

La mujer á quien se dirijen los ciegos impulsos del corazon y los delirios de la mente,—la mujer que llena nuestra existencia é inspira tantos y tan grandes pensamientos,—la mujer que abre á nuestros ojos los horizontes, antes vedados, del amor y de la gloria,—la mujer que todo lo engrandece, que eleva nuestro pensamiento sobre las vanas superficialidades de la tierra, que nos pone en inmediata relacion con el espíritu creador, que nos hace dignos de nosotros mismos,—esa mujer, digo, ¿podrá todavía, descender de su esfera encumbrada á participar con nosotros de los inefables bienes que su sola presencia difundió en el sendero de nuestra vida?

No basta todo cuanto ha surjido ó un ígneo rayo de su mirada y habrá en nosotros suficiente osadía para aspirar á mas felicidad que la de amarla como creadora de tantos beneficios?

Esta reflexion es una consecuencia indispensable de la inmensidad y pureza del amor, que establece como tal la distancia que nos separa de su objeto—De aquí que la felicidad depende de amar.

La mujer está destinada, sin duda, á completar la obra grandiosa del creador, porque ella hace germinar y desarrollar súbitamente la cimiento guardada en el seno recóndito del corazon y es el libro precioso en que podemos estudiarlos á nosotros mismos con entera y perfecta propiedad.

La mujer es digna de tal mision, porque ella es la causa y el origen de todo lo que hay de bueno, grande y noble, porque ella es todo amor, y el amor es el principio y el simbolo de la creacion.

«El amor, dice un poeta por el sentimiento,—es el

que crea la hermosura, el que traslada el alma á una mirada, el que dá gracia al cuerpo, dulzura y vibración á la voz; el amor es el que produce ambiciones nobles, el que produce el g^o.—Todo lo que ha creado Dios tiene por objeto al amor—Ese dosel de zafiro, con sus estrellas chispeantes, ese sol, las flores que embalsaman la atmósfera, las armonías dulcísimas y admirables de los ríos que murmuran entre sus verdes orillas, el viento que suspira entre las flores, cuyo sumo extracto, toda esa grandezza, toda esa magnificencia, ha sido creada por el supremo hacedor para servir de templo al amor.

Y es una verdad innegable que la mujer ó el amor producen el g^o, porque recorriendo con el pensamiento esa escala iluminada, no vemos uno que no haya pedido á la mujer el fuego sacro de la inspiración.

¿Qué sería el Dante, sin Beatriz; Petrarca sin Laura; el Tasso sin Leonor?

Ninguno de esos vastos géneos habió en las fuentes reales de la felicidad, pero dígaseme si no hay una inmensa fruición en poder expresar el infortunio que nos agobia, con notas tan sentidas como el mismo dolor, con armonías tan cadenciosas y arrebatadoras;—aparte de que aquellos que han sido heridos por la flecha del amor, á falta de la lira inmortar, saborean la misma inefable dulzura en los dilatados espacios del pensamiento.

Y cuando hay reciprocidad en el amor, cuando su lezo, único sagrado á los ojos de Dios, liga á dos almas impresionadas mutuamente, cuando al choque eléctrico de las miradas se funden dos almas en una sola y en uno se confunden dos corazones, el amor obedece al mismo destino del que se alimenta de ilusiones caprichosas, porque la felicidad que en realidad estremece, es igual y de unos mismos efectos, á la que solo mantiene el creciente fuego de la imaginación exaltada.

¿Qué importa que haya momentos en que la brusca verdad venga á golpear rídicamente á las puertas de la idealidad?

¿Acaso no es esta una imposición de la naturaleza, lo mismo para lo ideal que para lo positivo?

La felicidad en su sentido real,—sentado que hay dos clases de felicidad—tiene pues cabida en el mundo, y las impresiones inmensas que en su desarrollo produce, con sagan ese amor que las dirige, en vez de despojarle de sus brillantes alas, como se pretende, y dejarle caer en la fría mansión de un desengaño, que no es otra cosa que la consecuencia de la errónea fantasía ó de la impropia afectación del sentimiento.

La mujer, sagrado depósito del amor, santuario de la pureza,—no como la sensitiva se contrae al soplo de la felicidad, sino que, por el contrario, abre á sus halagos su delicado pétalo y esparce en la existencia del hombre el rico perfume de su naturaleza.

Toda nueva impresión, y en la felicidad son siempre nuevas las impresiones, es otro vínculo hermoso que nos liga mas y mas á la mujer amada, que al darnos la dicha, tiene el sumo cuidado de adornarla, con las flores fragantes de la poesía y de elevarla con la grandezza sublime y majestuosa de su pensamiento.

Sino fuera así, sino fuera esta una dulce verdad, malgrado la opinión de los escépticos moralistas y de los usurpadores del título de poeta, ¡qué existencia tan terrible sería la nuestra!

Pero ellos mismos han dicho, «que el amor es el sol que hace brotar todas las flores del alma, haciéndolas exalar sus divinos y suaves perfumes»,—y si el amor es

todo esto,—cómo el amor no es el espíritu creador, el árbitro supremo y el destino?

Y no hay profanación en esto, porque yo tengo para mí, que es honrar á la divinidad suponer delegada su omnipotencia en la impresión que tiene la facultad de rejir absoluta la existencia y abrirle todos los horizontes que pueden dignificarla y hacerla digna de su destino.

El amor es la divinidad en esencia, pues. La felicidad depende de amar. La reciprocidad la consolida.

ALCIVO.

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

POR LA

Condesa de Ségur.

Traducida del francés.

A MIS NIETOS LUIS Y GASTON DE MALARET.

Caros niños, vosotros sois buenos hermanitos y estoy segura de que si os hallais en la triste posición de Jacobo y de Pablo, tú mi buen Luis, harías lo que el excelente Jacobo, y tú mi gentil Gaston, amarías á tu hermano como el pequeño Pablo amaba al suyo. Pero espero que el buen Dios os evitara semejantes pruebas y que la lectura de este libro no despertará jamás en vosotros un penoso recuerdo.

Condesa de Ségur.

DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.

A TERESA

Te habia prometido la traducción de una obra, que empezada suspendí, porque su argumento no me satisficiera, pero llega á mis manos la presente, de indisputable mérito y debida á la inteligencia de una mujer, y me parece la mas apropiada para facilitarme el cumplimiento de aquella promesa.

La sencillez y naturalidad del estilo y del argumento, la originalidad preciosa que se nota en la forma y en el fondo, te agradecerán sobremanera, á ti, amante de las producciones que copian á la naturaleza y admiradora de Lamartine, de quien en cierta circunstancia me citabas un párrafo, arrancado á las páginas de la invalorable GENOVEVA.

Accepta esta traducción como una señal del grande afecto y de la adoración casi religiosa que te profesa tu hermano

A. DE V.

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

I.

Hacía frío; era de noche; la lluvia caía fina y continuada, en tanto que dos niños dormían al borde de un camino, bajo un espeso y viejo roble: uno de ellos que contaría tres años estaba acostado sobre un montón de hojas secas; el otro que llegaría á los seis años, se hallaba á sus pies y en actitud de abrigarle con su cuerpo.—El primero vestía un traje de lana y estaba cubierto además con la blusa de

mayor, cuyo sueño era inquieto y cuyo cuerpo temblaba de tiempo en tiempo bajo la impresión del frío; todo su traje consistía en una camisa y un pantalón gastados en extremo; su rostro expresaba el sufrimiento y lágrimas recientes, apenas enjugadas, se notaban en sus flacas y decoloradas mejillas.—Y sin embargo, dormía con un sueño profundo,—oprimiendo con una mano una medalla suspendida á su cuello por un cordoncillo negro y apretando con la otra, como para reanimarlas, las del mas pequeño.—A juzgar por la semejanza, debían ser hermanos, pero el menor con sus mejillas rojizas y una sonrisa sobre sus labios, indicaba que no debía sufrir los efectos del hambre ni del frío que debilitaban al mayor.

Dormían aun, cuando al asomar el día, atravesaba un hombre el camino, acompañado de un hermoso perro, de la especie de los que se hallan en el monte—San Bernardo.

El hombre tenía todo el aspecto del militar, y marchaba silvando, sin mirar á derecha ni á izquierda.—El perro le seguía paso á paso,—pero al aproximarse al paraje en que dormían los dos niños, levantó la nariz, irguió las orejas y abandonando á su amo, se lanzó, pero sin ladrar, hacia el árbol que les servía de techo.—Contemplólos un instante, los olfateó, les lamó las manos, y lanzó un ligero aullido como para llamar á su amo sin despertarlos.—El hombre se detuvo, volvíose y llamó á su perro.

—Capitan, aquí capitan! Capitan permaneció inmóvil, y lanzó un segundo aullido, mas prolongado y mas fuerte que el primero.

El viajero comprendió que alguno necesitaba socorro y aproximándose á su perro, vió con sorpresa á los dos niños abandonados á su suerte, vió con sorpresa á los dos niños que respiraban; tocó las manos y mejillas del mas chico;—no estaban muy frias; hizo lo mismo con las del mayor, y las halló heladas;—la constante lluvia habia penetrado á través de las hojas del árbol y algunas hojas habian caído sobre sus espaldas, sin otro abrigo que la camisa.

—Pobres criaturas!—dijo el viajero á media voz;—van á perecer de hambre y de frío, porque no veo cerca de ellos, ni maletas ni provisiones. ¿Cómo los han dejado abandonados en tan largo camino? ¿Qué hacer? Dejarlos aquí es hacer inevitable su muerte.—Llevarlos es imposible, porque tan lejos y á pié, no podrán acompañarme.

Mientras el hombre reflexionaba, la impaciencia se apoderó del perro y empezó á ladrar; á este ruido despertó el mayor de los niños, quien miró al viajero con expresión de asombro y de súplica, y luego al perro, que acarió diciéndole:

—Calla, calla, te ruego; no hagas ruido, que vas á despertar al pobrecito Pablo que en el sueño no padece.—Bien ves que le he cubierto y que está abrigado.

—Pero tú mi pobre niño, dijo el viajero, tienes frío! —Oh! Eso no importa nada, señor, porque yo soy grande y soy fuerte,—pero él es chico, y llora cuando tiene frío y cuando tiene hambre.

—Porqué estais solos y abandonados aqui? —Porque mamá ha muerto y papá ha sido llevado por los gendarmes; no teniamos entonces casa, ni nadie que nos dirigiera.

—Porqué ha sido llevado tu papá por los gendarmes? —No lo sé; talvez fuese para darle pan, que no lo tenia desde algunos días.

—Y quien os ha alimentado hasta ahora? —Los que se han compadecido de nosotros.

—Y alguna vez os ha faltado alimento?

—Algunas veces, no siempre,—pero Pablo nunca ha carecido de él.

—Pero tú, no comes todos los días? —Oh! Eso no importa, porque yo soy grande.

El hombre era de buenos sentimientos y conmoviéndole sobremanera esa consagración fraternal, se decidió á llevar los niños con él hasta la aldea vecina.

—Allí hallaré, se dijo, alguna buena alma que quiera tomarlos á su cargo, y á mi regreso, veremos lo que se ha de hacer; acaso su padre haya vuelto entonces.

—¿Cómo te llamas mi pobre niño?—añadió volviéndose á éste.

—Jacobo, y mi hermanito se llama Pablo. —Y bien, Jacobito, ¿quieres venir conmigo?—yo cuidaré de ti.

—¿Y Pablo? —Pablo tambien.—¿Cómo habia de separarlo de tan buen hermano?—Recuérdale y partamos.

—Pero Pablo está fatigado y no podrá marchar tan de prisa como vos.

—Yo lo pondré sobre el lomo de Capitan, vés á verlo. Y diciendo esto, el viajero levantó dulcemente á Pablo, siempre dormido, colocólo á caballo sobre el lomo del perro, apoyóle la cabeza en el cuello de éste, y en seguida, quitándose la blusa que cubría su traje militar envolvió con ella al chico, atando sus puntas bajo el vientre del animal para evitar su caída.

—Toma, he ahí tu vestido, dijo á Jacobo, devolviéndole la blusa con que habia cubierto á su hermano; pónsete sobre tus espaldas heladas de frío, y andemos.

El niño se levantó vacilante y cayó sin fuerzas; gruesas lágrimas rodaron de sus ojos; sentíase debil, aterido de frío, y comprendía que le sería imposible andar.

—¿Qué tienes?—¿porqué lloras niño mio? preguntóle el viajero con la tierna solicitud que hubiera desplegado con ella un padre.

—No puedo caminar porque me hallo sin fuerzas. —¿Te sientas enfermo? —No señor, pero tengo mucha hambre; ayer no he comido porque no tenia mas que un pedazo de pan para Pablo.

El buen hombre sintió que sus ojos se humedecían, sacó de su alforja un buen pedazo de pan, queso, y una calabaza de sidra y presentó á Jacobo los dos primeros alimentos mientras que él destapaba la calabaza.

Los ojos del niño brillaron, y próximo á llevar el pan á la boca, fijó una mirada sobre su hermano y se detuvo.

—Pablo nada tiene para desayunarse, dijo; yo quiero guardarle esto.

—Tambien tengo para Pablo, amigo mio; cómete sin temor.

Jacobo no se lo hizo repetir, y comiendo y bebiendo con delicia, repitió hasta diez veces:

—Gracias, mi buen señor, gracias... sois muy bueno y yo rogaré á la santa virgen que os haga muy dichoso.

Cuando hubo saciado su grande apetito y apagado su devorante sed, sintió difundirse en su ser el calor y la vida, recobró sus movimientos y sus fuerzas y se preparó para andar. Capitan permanecía inmóvil cerca de Jacobo; el calor de su cuerpo calentaba á Pablo que dormía mas profundamente que nunca.—Nuestro viajero tomó á Jacobo de la mano y ambos pusieron en camino seguidos de Capitan que marchaba pausadamente, sin permitirle el menor salto ni la mas leve alteración en su paso regular, por temor de despertar al niño que le habian confiado. El hombre hizo preguntas á Jacobo durante la marcha, y supo

por él que su madre había muerto después de estar algún tiempo enferma; que se habían vendido sus bellos vestidos y sus muebles no menos bellos; que al fin no comían sino pan; que su papá estaba triste y buscaba trabajo con empeño.—Un día, continuó Jacobito, los gendarmes vinieron á buscar á papá; él se resistió á seguirlos y exclamaba abrazándonos: «Pobres hijos míos!» Los gendarmes le decían: «Es preciso marchar; tenemos órdenes terminantes.»—Después un gendarme se aproximó á mí y dándome un pedazo de pan me dijo: «Quédate aquí con tu hermano, que yo volveré á buscarlos.»—Yo di el pan á Pablo y esperé largo rato sin que nadie viniera; tomé entonces la mano de Pablo y caminamos mucho tiempo á la aventura.—Vi una casa en que se comía y llegando á ella, pedí que dieran algún alimento á Pablo; hicieronnos sentar á la mesa y se nos sirvió á los dos un gran plato de sopa, llevándonos después á unas camas de paja donde pasamos la noche.—Al recordarnos, nos dieron leche y pan; nos pusieron en la faltriquera una provision de este último y nos dijeron: «Ahora, niños, al amparo de Dios.»—Parti con Pablo y durante algunos días hemos vagado sin rumbo, hasta llegar al punto donde nos habéis encontrado.—Ayer empecé á sentir la lluvia y no teníamos casa en donde albergarnos; di á Pablo el pan que le había guardado, amontonándole hojas secas bajo el roble para que se acostara.—El pobrecito lloraba porque tenía frío, y yo pensé que mamá me había dicho: «Ruega á la Santa Virgen, que ella no te abandonará.» Rogué pues, á la virgen, y ella me sugirió la idea de despojarme de mi vestido para cubrir las espaldas de Pablo, y de acostarme sobre sus piernas para dármas abrigo. Durmí en el acto, y yo estaba tan contento que no osaba moverme por temor de despertarlo.—Agradecí á la Santa Virgen y le pedí que nos diera de almorzar mañana, porque yo tenía mucha hambre y nada que darle á Pablo.—Después de mi súplica me he entregado al sueño con tranquilidad, y ya lo veis, la Santa Virgen os ha conducido bajo el roble.—¡Qué buena es la Santa Virgen! Mamá me lo decía siempre: «Cuando tengas necesidad de algo, ruega á la Santa Virgen que ella te escuchará.»

El viajero no respondió; apretó la mano de Jacobito mas fuertemente entre la suya y ambos continuaron marchando en silencio.—Al cabo de algún tiempo se aproximó aquel de que la marcha de Jacobito se debilitaba.

—¿Estás fatigado, hijo mío?—preguntóle con bondad.

—Oh! no señor, todavía puedo andar.—Ya reposaré en la aldea.

El viajero levantó á Jacobo y lo puso sobre sus espaldas.

—Así andaremos mas de prisa, dijo.

—Pero soy muy pesado, y os vais á cansar, mi buen señor.

—No, niño mío; no pienses en eso.—Cuando era soldado y andaba en campaña llevaba mas peso que el tuyo.

—Habeis sido soldado, pero no gendarme; ¿verdad? preguntó Jacobito.

—Gendarme no, contestó sonriendo el viajero.—Después de haber concluido mi tiempo regreso al país.

—¿Cómo os llamáis?

—Moutier.

—Nunca olvidaré vuestro nombre, señor Moutier.

—Tampoco olvidaré yo el tuyo Jacobito; eres un guapo niño y un buen hermano.

Desde que Jacobo estaba sobre las espaldas de Moutier, pues que tal es el nombre del viajero, éste caminaba mas de prisa y no tardaron asien llegar á una aldea á cuya en-

trada se aparecía una buena posada, segun todas las apariencias. Moutier se detuvo á la puerta.

—Hay alojamiento para mí, para estos niños y para mi perro? interpele.

—Yo doy alojamiento á los hombres, pero no á las bestias, respondió el posadero.

—Entonces no tendréis ni al hombre ni á su comitiva, dijo Moutier, y prosiguió su camino.

El posadero lo vió alejarse con gran despecho, y pensando que había hecho mal en despedir á un hombre que parecia tener á su perro y á sus niños en el mismo precio y que hubiera pagado bien.

—Señor! Eh, señor viajero! gritó, corriendo tras él.

—¿Qué me queréis? dijo Moutier volviéndose.

—Tengo alojamiento, señor; tengo todo lo que os hace falta.

—Guardadlo para vos, mi buen hombre; la primera pa labra es todo para mí.

—No hallaréis mejor posada en toda la aldea, señor.

—Tanto mejor para los que vos alojais.

—Dios mío!—es que yo no os había mirado siquiera, y he hablado lijeramente.

—Y yo tampoco os había mirado, pero ahora que os veo, os agradezco que hayais hablado con lijereza, y voy adelante.

Moutier le dió la espalda y se dirigió hacia otra posada de modesta apariencia, que se hallaba á la extremidad de la aldea, dejando al primer posadero pálido de cólera y contrariado por haber perdido una buena ocasion de ganar dinero segun él.

II.

EL ANGEL GUARDIAN.

—Hay alojamiento para mí, para estos dos chicos y para mi perro?—repitió Moutier á la puerta de la hostería.

—Entrad señor,—hay alojamiento para todo el mundo, respondió una voz jovial.

Y al mismo tiempo una mujer de semblante fresco y alegre, apareció en el dintel de la puerta.

—Entrad, señor,—yo os desembarazaré de vuestro gineco, agregó riendo y levantando dulcemente á Jacobito de las espaldas del viajero.—¡Y el pobre chico, que duerme tan tranquilamente sobre el lomo del perro!—Lindo niño y guapo animal! No se mueve mas que un perro de plomo por no despertar á la criatura!

A tanto ruido recordóse Pablo al fin; abrió tamaños ojos, miró en derredor con aire de asombro y no apareciéndose á su hermano hizo una mueca como para llorar y llamó con voz casi ininteligible:

—Jacobo, quiero á Jacobo!

—Héme aquí, dijo éste presentándose.—Somos muy dichosos Pablo.—¿Ves á este buen señor?—pues él es quien nos ha traído aquí, donde te van á dar de comer. ¿No es cierto, señor Moutier, que habeis dar sopa á Pablo?

—¡Claramente mi niño; sopa y todo lo que tú quieras. La ama de la hostería miraba y oía con asombro.

—No comprendéis nada, buena señora, ¿no es cierto? la dijo Moutier.—Es toda una historia que os referiré.—Básteos saber por ahora, que he hallado á estos niños extraviados en un bosque y me he hecho un deber en traerlos conmigo.—Este, añadió, pasando afectuosamente su mano sobre la cabeza de Jacobo, es un guapo y excelente niño, y á os lo contaré.—Pero ante todo dadme pronto un plato de sopa para los chicos que tienen el estómago vacío y después algún otro manjar para todos; yo me encargo del perro, —un viejo amigo, ¿no es cierto Capitan?

El perro respondió meneando la cola y lamiéndole la mano.—Moutier había desembarazado á Pablo de la blusa que le envolvía y había librado del peso á Capitan levantando á aquel con sumo cuidado y poniéndolo en el suelo.—Pablo miraba á todos, reía á Jacobo, sonreía á Moutier y abrazaba á Capitan.—En breve estuvo pronto el desayuno y la hostelera sentó á los chicos á la mesa, poniéndoles delante un buen plato de sopa á cada uno y un pedazo de pan; agregó en seguida queso, mantea fresca, mariscos y ensalada.

—Esto es para esperar el manjar, señor, dijo, el queso es bueno, la mantea no es mala; los mariscos son frescos y la ensalada está bien aderezada.

Moutier se sentó á la mesa y Jacobo y Pablo que se morían de hambre suspiraron de placer, teniendo buen cuidado el primero de hacer comer á su hermanito algunas cucharadas de sopa. Antes de gustarla él mismo.—Pablo comió solo después, y así pudo Jacobo satisfacer las exigencias de su estómago.—Concluida la sopa dió á Pablo y comió él mismo pan y mantea, apurando un vaso de sidra.—Pusieron en la mesa á continuacion, un guisado de carnero y papas.

La cándida y bella figura de Jacobo se destacaba radiosa de contento, y Pablo reía y besaba las manos de su hermano, siempre que podía atraparlas. Aquel tenia siempre para Pablo los cuidados mas solícitos y no lo olvidaba un solo instante. Moutier no separaba sus ojos de ambos y se hallaba contento.

—Pobres criaturas!—pensaba; ¡qué sería de ellos el Capitan si los hubiera descubierto! Este Jacobito tiene un excelente corazón.—¡Qué ternura para con su hermano! ¡Qué prodigalidad de cuidados! Dios mío, ¿qué hacer de ellos?

La hostelera tambien examinaba con visible emocion las atenciones de Jacobo con su hermanito, y la honrada y simpática fisonomía de Moutier.—Esperaba con impaciencia la relacion que le había prometido este último y le servia sus mejores platos, su mejor sidra y su mas antigua aguardiente.

Moutier seguía comiendo, cuando los niños habian concluido ya, y empezaban á hostezar; recostados contra el espaldar de sus sillas.

—Id á jugar, amigos míos, les dijo Moutier.

—¿Dónde queréis que váyamos, señor Moutier? preguntó Jacobo, saltando de la silla y ayudando á Pablo á descender de la suya.

—Á fe mía que no lo sé, dijo Moutier, y dirijiéndose á la hostelera:—decidme la preguntó, ¿dónde podran ir los chicos á divertirse sin riesgo de hacer daño?

—Por aquí, al jardín hijos míos,—contestó la posadera abriendo una puerta al fondo.—Ved al fin de aquella calle, una cubeta llena de agua y un jarro al lado, con el que podéis entreteneros en regar las legumbres y las flores.

—¿Puedo servirme del agua que está en la cubeta, para lavar á Pablo y lavarme yo tambien, señora? preguntó Jacobo.

—Claramente mi niño,—pero cuida de no mojar te las piernas.

Jacobo y Pablo desaparecieron en el fondo del jardín, de donde se les oyó reír y charlar.—Moutier comía con lentitud y reflexionaba.—La hostelera había tomado una silla y se había sentado delante de él, esperando que concluyera para levantar el cubierto.—Cuando aquel hubo apurado la última gota de café y de aguardiente, levantó los ojos, miró á la posadera, se sonrió y recostándose en la mesa:

—Sin duda aguardais la historia que os he prometido, dijo; no es larga y acaso vos me ayudareis á concluiria.

Hízole entonces la relación circunstanciada de su singular encuentro con aquellos dos niños y su voz se conmovió al referir los tristes detalles que le había dado Jacobo acerca de sus padres, sus cuidados, su consagración y su ternura hacia Pablo, el valor heroico que había desplegado en su abandono y su sensible confianza en la protección de la Santa Virgen.

—Y ahora que sabéis tanto cómo yo, continuó, ayudadme á salir de este embarazo.—¿Qué puedo hacer con estas dos criaturas? No tengo el coraje de abandonarlos, y eso sería sobre todo rechazar una carga que puedo soportar por entero y renunciar un presente del buen Dios.—Por otro lado, tengo un largo viaje que emprender,—y cómo exponer á esas criaturas, llevándolas conmigo, á los rigores de la lluvia, del hielo y del viento? Además, soy soltero y no tengo casa ni nadie á quien poder confiarlos. Mi hermano es solo y posadero como vos; mi padre y mi madre, tiempo hace que moran en la mansion de las recompensas, y por último, mis hermanas son casadas y tienen bastante con sus chicos para agregarles dos sin padre, madre, ni recursos de especie alguna.—¡Vednos, mi buena hostelera, tenéis todo el aire de una honrada y excelente mujer,—decidme, ¿qué harais en mi lugar?

—¿Lo que yo haría?... ¿lo que yo haría?... ¡Palabra de honor que no lo sé!

—Pero os pido un consejo;—eso no decide nada.

—¿Y qué queréis que opine? Desde luego, yo no los abandonaría á la aventura.

—Eso es precisamente lo que yo me he dicho.

—Tampoco los confiaría al primero que se presentase.

—Ese es tambien mi pensamiento.

—No los expondría á un largo y difícil viaje.

—Eso es lo que yo decia.

—Y bien!—no veo mas que un medio, que quizá no aceptaréis.

—Talvez sí,—decid de todos modos.

—Déjarmelos.

Moutier miró á la hostelera con una sorpresa que le hizo bajar los ojos y ruborizarse como si hubiese dicho una necedad.

—Yo sabia bien, dijo con embarazo, que no lo aceptarais; porque en primer lugar no me conocéis.—Pensais sin duda que puedo no ser la buena mujer que las apariencias señalan, que haria la desgracia de esas inocentes criaturas, que vos tendríais un cargo sobre vuestra conciencia,—y qué mas sé yo todavia?

—No mi buena hostelera; yo no diría ni pensaria nada de eso.—Solo... solo... no sé como deciroslo... es estoy muy grato, muy reconocido... pero en verdad... yo no os conosco mucho... y... y... y...

—Podeis decir ahora que no me conocéis á fondo, pero no direis otro tanto si queréis informaros en la aldea sobre la mujer Bidot, posadera del Angel Guardian.—Id á la casa del señor Cura, á la del carnicero, del carretero, del albañil, del maestro de escuela, del panadero, del especiere, y de otros mas todavia,—y todos ellos os dirán que no soy una mala mujer.—Soy viuda, tengo veinte y tres años y vivo sin otra compañía que una hermana de diez y siete.—Ganamos nuestra vida no muy mal y nada nos falta.

—Aborramos algo á fuerza de economías, que colocamos todos los años; lo único que nos faltaba para ser felices el destino providencial lo ha puesto en vuestra mano,—son esas dos criaturas.—No hago una especulacion y nada os pido para cuidarlos.—Sé que los amaré, que no derramarán

por mi causa una lágrima y que vuestra conciencia estará tranquila á su respecto.

Moutier se levantó, apretó las manos de la buena mujer entre las suyas y le contempló con afectuoso reconocimiento.

—Gracias, la dijo con penetrado acento.—¿Dónde vive vuestro cura?

—En frente; he ahí el jardín del presbiterio.—empujó la puerta y estás en él.

Moutier tomó su kepi y fué á ver al Cura para hablarle de la señora Blidot y pedirle un consejo.—Es de creer que los informes no fueran desfavorables pues Moutier vino un cuarto de hora mas tarde con aire tranquilo y jovial.

—Tendréis á los niños, mi buena hostelera, dijo á ésta sonriendo.—Os los dejaré... mañana.—¿Consentiréis en alojarlos hasta mañana?

—Hasta que vos queráis, caro señor; es muy justo, y comprendo que queréis ver como instalo á mis niños, pues desde ahora podré decir—mis niños, ¿no es verdad?

—Son un poco míos tambien, dijo Moutier sonriendo, y no dejaré de venir á verlos un día ú otro.

—Cuando queráis; siempre os tendré preparados un blando lecho y una buena comida.—Y ahora, voy á ver á mis niños.—¿veis como ya empiezan los cuidados maternales?—debe luego, preciso es que les ponga sus camisas cerca de mí y de mi hermana; en seguida trataremos de proveerles de ropa blanca, exterior, y calzado.

—Cierto es!—exclamó Moutier.—Y yo que no pensaba en ello! Estoy avergonzadísimo de causaros este embarazo y estas desventajas, porque, es inútil que os lo oculte, mi buena hostelera,—no tengo con que satisfacerlas.—Todo mi capital se reduce á cubrir estrictamente los gastos del camino, ademas de diez francos que llevo para lo imprevisto; por ejemplo,—un cigarro, un remicudo á mis zapatos, una mezuquina limosa de paso á uno mas pobre que yo, etc.—Pero sin embargo, puedo dividir la moneda y dejárselos cinco francos, que yo llegaré del mismo modo, y bien podré pasarme sin tabaco y sin zapatos.—¡Hay tantos que viajan con los piés descalzos! Un arroyo por medio los moja y refresca, haciendo mas cómoda la marcha.

—Guardad vuestra moneda, mi buen señor, dijo la hostelera; no tengo ninguna necesidad de los cinco francos; vuestra buena intencion es mas que suficiente y los niños no carecerán de nada.

Y diciendo esto se levantó, hizo á Moutier una señal amigable de cabeza y salió.

(Continúa.)

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Traducción para

TERESA.

Cecilia, interesante niña de una docena de años, paseó base en el jardín en una bella mañana de primavera. Su madre, que había entreabierto dulcemente la puerta, contemplaba estasiada á esta tierna criatura, que ora inclinada en la florida espesura su graciosa cabeza, que ora inclinada de blondos cabellos, ora elevaba hacia el cielo ojos mas limpidos que el azul del firmamento.

La madre pensaba para sí y se decía:

—De todas las flores del jardín, mi Cecilia es seguramente la mas bella y la mas pura, y ninguna podrá compararse en gracia y en frescura.

Cecilia apercebido á su madre, corrió á ella, y abrazándola con ternura:

—Cara mamá, la dijo; ved todas las lindas flores que el buen Dios nos ha enviado anoche! Que hechiceros colores y que delicioso perfume! Pero mi prima Amanda me ha asegurado que las flores tienen un lenguaje; ella posee un librito que le ha enseñado á conocerlo—¿cómo desearía yo tambien conocer el lenguaje de las flores!

Entonces la madre, tomando á Cecilia de la mano la llevó al medio del jardín y mostrándole un hermoso libro, cuyo título flexible se elevaba con gracia y majestad:

—Esta flor blanca, la dijo, es el símbolo de la inocencia, que debe ser el principal adorno de una jóven. Esta rosa encarnada, cuyo cáliz entreabierto exala tan suave olor, es la imájen de la hermosura, que hace mil veces mas atractivo el perfume de las virtudes. Esta otra, que ostenta con orgullo sus pétalos de tan bello rosado, pero que tantas espinas rodea, representa los placeres de la vida, que no se gozan nunca sin una mezcla de pesares.

La linda violeta que se esconde entre la yerba, es el emblema de la modestia, y la margarita de los campos el de la simplicidad. El pensamiento te recuerda tus amigas. La siempre viva te enseña á preferir los bienes imprecioseros de otro mundo, á las ventajas frívolas que, como la rosa, no brillan mas que un instante. La sensitiva que se contrae al mas leve contacto, es la imájen del pudor delicado, y el chotrope que mira al sol, advierte que debemos elevar siempre nuestra alma al Creador. He aquí, hija querida, el lenguaje de las flores que es dado aprender á una virgen cristiana.

A. DE V.

Diciembre 3 de 1893.

PUBLICACIONES.

Actividad y progreso.

Hasta el presente, no ha sido considerada la imprenta entre nosotros como una verdadera industria, por haberse limitado casi estrictamente á los materiales indispensables para la confeccion de un diario, de algunos carteles y de insignificantes trabajos particulares.

Recordamos aun el tiempo invertido y las extraordinarias erogaciones hechas en algunas obras publicadas tiempo atrás, que si nada dejaron que desear bajo el punto de vista del arte tipográfico, se conciben, sin embargo, los graves inconvenientes de la lentitud y de su excesivo costo, barreras opuestas al desarrollo de la industria.

Pero una verdadera necesidad se hacia sentir; el pueblo tenia ávida sed de conocimientos; era necesario proporcionárselos, en la esfera reducida de sus intereses y de sus facultades.

Entonces, las imprentas se mejoraron; se ensancharon las columnas de los periódicos; el precio se colocó al alcance de todos, y últimamente, una nueva prensa mecánica á vapor vino á implantarse, con materiales dignos de las mas grandes capitales, dando así entre nosotros el postrer impulso á la industria de la imprenta.

Este establecimiento, cuya importancia disminuyó la suspension del diario *El Siglo* que por él se publicaba, entrando, sin embargo, en una vía menos azarosa, y de mejores resultados para el progreso industrial y literario, se ha dedicado á la impresion de algunas obras que han pro-

cupado la atencion y agitado los espiritus, en medio de una situacion que llama hacia un punto dado los movimientos de la potencia física y moral.

La perfeccion de este establecimiento, lo coloca en la posibilidad de imprimir obras en las mismas condiciones, con el mismo esmero y en el mismo plazo que en Europa, pues segun lo hemos presenciado, á la rapidez de la composicion, une la ventaja de poder suministrar veinte mil tirajes de prensa, formato mayor, en el breve término de diez horas!

Vamos á dar una breve reseña de los trabajos de esta imprenta, con el único objeto de estimular la industria, de darle una merecida proteccion, y de probar á la faz del mundo, que las desventajas que asolan el pais de la patria de los orientales, no alcanzan á comprimir la fuerza espiritual de sus hijos,—grata demostracion, inmensa prueba, que nos muestra el adelanto y desarrollo de la civilizacion, el desprecio por la miserable individualidad, y la consagracion al culto divino de las verdades!

—La *Estadística de Aduana*, destinada á circular especialmente en los paises extranjeros, es un trabajo que hace honor al establecimiento y al pais.

—Los *apuntes estadísticos y mercantiles*, publicados á continuacion por el Sr. Vaillant, y que son un resumen y una explicacion, por decirlo así, de la obra oficial, es un trabajo digno de una proteccion mas amplia que la que ha obtenido hasta ahora por su tendencia puramente local y nacional.

—Cuatro colecciones de almanques, han partido igualmente de esta imprenta, entre los que sobresale al *Gran almanaque del Siglo*, por la buena eleccion de las materias que trata, y la utilidad de los datos que recoge, apartándose el editor en este trabajo de la vieja rutina y elevándose á la altura de los almanques europeos.

—Un *Calendario Masonico*, se ha publicado tambien con alguna reserva por el mismo establecimiento.

—La *memoria del quinto año escolar de la escuela de la Sociedad Filantrópica*, que presenta tan interesantes detalles, y que tan graves y útiles reflexiones contiene sobre los profesores, ha sido publicada por la misma imprenta.

—Tambien unos *rudimentos de aritmética* por D. Jaime Roldós y Pons, bajo una forma nueva y sencilla, intelijible y fácil á la comprension mas escasa del niño.

—Un *Compendio*, simplificado de sistema decimal, extractado de la obra del ilustrado profesor Rafael Escribá, que sin abundancia de números y de digresiones, es de incontestable importancia, y utilidad.—Trae una reduccion de los pesos y medidas antiguas al sistema moderno, lo que la hace indispensable hasta para los mas irreconciliables enemigos de guarismos, por que dá la clave de los enigmas que ofrecen las obras antiguas en la clasificacion de las medidas y de las pesas á los que no están iniciados en los conocimientos especiales que reclaman.

La *Vida de Jesus*, que tan viva polémica sublevó, es un bello trabajo, con relacion al arte tipográfico, no siendo lugar aqui de otras consideraciones; su precio es mas infimo que el de edicion publicada en Buenos Aires.

Las *Conferencias sobre derecho natural*, impresa en quinientos dias, es una obra notable, y consideraremos un deber, ocuparnos de ella especialmente en el próximo número.

Cometeremos, en fin, la indiscrecion de anunciar á nuestros lectores dos obras nuevas que verán la luz por la misma imprenta.—Una es un tomo de poesías—*BRISAS DEL PLATA*—del Dr. D. Alejandro Magarinos Cervantes, uno de nuestros conspícuos colaboradores.—y la otra un pequeño libro del Dr. D. Gregorio Perez Gomar, á quien contamos igualmente como colaborador, y cuyo título queda

aun oculto entre los bastidores de la imprenta. De ambas obras nos ocuparemos en oportunidad.

Tambien en estos dias debe salir á luz el *Compendio del Sistema Decimal*, texto oficial, premiado por el gobierno y del que sus autores van á hacer tirar diez mil ejemplares, pues ya es autorizado el scripto de lo barato, en materia de libros, despararrados por la Europa en todas las direcciones delorbe.—Ese secreto consiste en tirar miles de ejemplares, cuyo buen éxito, si lo tienen, se estiende al autor, al editor y al público.

Hubiéramos querido dar un conocimiento igual de los trabajos de las demás imprentas, pero no lo hemos conseguido.—Tendremos satisfaccion en presentarlo, siempre que se nos favorezca con él.

Estiende el génio de la paz sus alas protectoras, fructifique á su sombra el árbol del progreso, y la necesidad de los conocimientos se ir ensanchando, y la industria de la imprenta avanzará á su perfeccion, y las publicaciones nacionales se multiplicarán, y las obras y los trabajos particulares bastarán para sostener con ventaja grandes establecimientos tipográficos, que proporcionen trabajo y ocupacion á un gran número de ciudadanos, sin el mísero apoyo de la prensa política, atmósfera de fuego que quema y agota las ricas flores de la imajinacion y del ingenio. Venga, cuanto antes, ese instante feliz, es el voto que arrancamos á las fibras mas sensibles del corazón.

AGUSTIN DE VEDIA.

Apuntes para la historia.

La aglomeracion de originales que nos ha puesto en la imprescindible necesidad de suspender la colaboracion importante de algunas ilustraciones, nos fuerza tambien á imprimir importantísimos documentos que hemos obtenido sobre la historia de la República, y que iremos publicando sucesivamente.

No escapará á la vista mas superficial toda la importancia de esos apuntes, cuando la historia es el foro que alumbrará las regiones desconocidas del porvenir, cuando la historia, inflexible y severa en su lógica, señala á todos los acontecimientos y á todos los hombres el puesto de la verdad; desterrando las tinieblas del fanatismo, en cuyo misterioso laboratorio se enjendran los partidos, los caudillos y los tiranos.

Sabemos que dos personas se ocupan actualmente de formar una historia de la República, competentes ambas por su ilustracion y conocimientos históricos—el señor D. Andrés Lamas, y el señor D. Isidro De-Maria.

Es indudable que estos señores habrán rendido al pais un importante servicio, que la justicia de la posteridad se encargará de recompensar.

Para la mirada escrutadora del observador, la falta de un libro en que se hallen recopilados los documentos de la historia, y narrados los sucesos con el lenguaje imparcial, digno y franco, de la verdad, es una de las causas primordiales de los errores de partido que han trastornado la preciosa unidad y sembrado la semilla de las deplorables divisiones.

Cuando ante los ojos del pueblo se halle abierto el sagrado libro de la historia, y bebamos inspiraciones en los hechos de heroismo que la ilustran; cuando se presenten á nuestra vista en su talla magnífica y colosal, los héroes del año 10 y del año 23, nos encontraremos pequeños en presencia de nuestras miserias, y venciendo con un poderoso esfuerzo de la voluntad, las viles cadenas de la mate-

ria, llegáremos al menos á la primera grada del tróno. Agustín de la inmortalidad en que brillan aquellos nombres, como un ejemplo perpetuo de las vastas virtudes y de las grandes facultades que pueden adornar y fortalecer á la humanidad en su peregrinación por el mundo.

Este número, pues, casi no significa más que un prospecto y una manifestación de nuestras ideas, pero en lo sucesivo, *El Iris* aparecerá engalanado con los magníficos documentos de que hablamos, aparte de la cooperación que nos dispensan los ilustrados colaboradores que aquí se dan á conocer y muchos otros que nos acuerdan igual protección.

AGUSTIN DE VEDIA.

Saludo.

Al aparecer en el horizonte de la prensa, *El Iris* cumple con el grato deber de saludar á todos sus colegas sin distinción, deseándoles larga vida y honrosos laureles en las luchas del pensamiento, que alcancen á borrar la huella de las decepciones con que brinda el destino al que se consagra á su severa misión con la íntima conciencia de sus convicciones.

Satisfecha esta regla de la política exclusiva, sentimos la necesidad de agradecer á la prensa los términos deferentes y cordiales con que anunció la aparición de nuestro periódico, y en los que no vemos más que el noble interés que les inspira todo esfuerzo encaminado á arrancar de su prostración á la inteligencia, para activar y desarrollar la cimiento de las letras, oculta aun entre nosotros bajo la pesada capa de la indiferencia.

Estas expresiones se dirijen igualmente á la prensa de la vecina capital, que con igual deferencia y cortesía hácia una pobre individualidad, ha aplaudido un pensamiento que puede ser fecundo.

LA DIRECCION.

Esplicacion.

La abundancia de materiales, y el deber de presentar una variedad de artículos que sirvan para explicar de una manera práctica el espíritu y tendencias de la dirección, nos ha puesto en la necesidad de suspender muchos artículos, entre ellos algunos ya compuestos. Sirva esta explicación de disculpa para algunos de nuestros indulgentes colaboradores.

Colaboracion.

Al frente de nuestro periódico, aparecen como colaboradores todas las inteligencias literarias; creyendo que para algun lector esa expresion adolezca de vaguedad, nos explicaremos.

El Iris abre sus columnas á todas las ideas, y á todas las inteligencias—La colaboración, como espontánea, es, pues general.

Advertencia.

Suplicamos á los señores en cuya casa se deje este número de *El Iris*, sin ser de antemano suscriptores, se dignen avisar al repartidor si ingresan en la lista de la suscripción, devolviéndolo en caso contrario el periódico al mismo repartidor, ó á la imprenta, calle de las Cámaras núm. 41.

A Mariana.

EN SU DIA.

Bello es correr los años de la vida
Con la paz en el alma y la conciencia,
Y apagar en la clara transparencia,
Del argentino lago sed nacida.

Bello abrigar risueñas ilusiones
De aureola de virtudes circundadas,
Y rogar en las ondas sosegadas
Que no agitan los rados aquilones.

Que en la ruta á la vida señalada
Solo un vergel regala su perfume,
Y es el jardín de la virtud que asume
Cuánto hay de bello en la rejion creada.

A.

El Iris.

Quién es aquel que no acepta
La promesa lisonjera
Con que lo brinda á su esfera
El Iris augurador?

Quién, bajo oscuro horizonte
Encapotado y maligno,
No aceje el tiempo benigno
Que El Iris le brinda en pos?

Los que viven de emociones,
Comprendiendo ese lenguaje,
Saben que viste el ropaje
De la esperanza vital.

Y la esperanza hechicera
Es la fuerza animadora
Que desde ocaso á la aurora
Gula la planta mortal.

Hoy esparce sus colores
El Iris con elegancia
Es la atrayente fragancia
Que arroja en yema una flor.

Y quien, iluso, no acepta
La promesa lisonjera
Con que le brinda á su esfera
El Iris augurador?

ALCINO.

Sumario.

Prospecto—Nuestras ideas—A la juventud—A nuestras lectoras—Reviewers—La ley del progreso—Derecho internacional privado—Un hombre al mar—Meditaciones—La Hosteria del Anjel Guardian—El lenguaje de las flores—Publicaciones—Apuntes para la historia—Saludo—Esplicacion—Colaboracion—Advertencia—A Mariana—El Iris.